

**Anotaciones críticas sobre algunas matrices socioculturales de la tercera  
revolución industrial: perspectivas latinoamericanas**

(Critical remarks about some cultural matrix of the third industrial revolution: Latin  
American perspectives)

Alejandro Kaufman

Profesor Investigador Universidad de Buenos Aires

y Universidad Nacional de Quilmes

alekau@gmail.com

**Resumen**

Estamos colectivamente embarcados en una revolución industrial y cultural transformadora de mucho de lo concebible acerca de la condición humana. Todo aquello de que disponemos como parámetros de referencia para orientarnos en territorios desconocidos necesita ser revisado a la luz de lo nuevo que emerge. Se habrá de remodelar entonces lo que sabemos acerca de cómo juzgarlo, así como se actualizará un estado constante alrededor de lo incierto y lo increíble. Por todas partes surgen metáforas, terminologías, normas y saberes especializados que intentan dar cuenta de lo que acontece. Vemos viejas y relativamente novedosas entidades, organizaciones y descripciones en tensión con otras que intentan dirimir litigios acerca de derechos, demandas sociales y culturales, expectativas de crecimiento y debates políticos.

**Palabras clave**

Nuevas tecnologías, revolución industrial, necesidades socioculturales, derecho a la información

**Abstract**

In the context of the current technological revolution, the emergence of new communication technologies can be analyzed as the emergence of a new anthropological experience, based on traditional structures, both in reference to language as urban life. The language and the city are the two paradigms or matrices on which constitute the new social forms of common life. What the city had structured as language and cultural experience will be the legacy and the genealogy to establish new forms

of commons, where the market will take its references, as has happened in the past. Particular focus about open source technologies.

**Key Words**

New technologies - industrial revolution - socio-cultural needs - right to information

1.

Estamos colectivamente embarcados en una revolución industrial y cultural transformadora de mucho de lo concebible acerca de la condición humana. Todo aquello de que disponemos como parámetros de referencia para orientarnos en territorios desconocidos necesita ser revisado a la luz de lo nuevo que emerge. Se habrá de remodelar entonces lo que sabemos acerca de cómo juzgarlo, así como se actualizará un estado constante alrededor de lo incierto y lo indecible. Por todas partes surgen metáforas, terminologías, normas y saberes especializados que intentan dar cuenta de lo que acontece. Vemos viejas y relativamente novedosas entidades, organizaciones y descripciones en tensión con otras que intentan dirimir litigios acerca de derechos, demandas sociales y culturales, expectativas de crecimiento y debates políticos.

Las nuevas tecnologías comunicacionales, los entornos virtuales y las redes crean escenarios inéditos y dan lugar a condiciones instituyentes, que son las que imponen revisiones radicales de lo que sabemos y hacemos. En tales condiciones instituyentes, las concentraciones de poder y recursos que abordan los nuevos escenarios deben enfrentar a la vez la gravitación que supone conservar dichas concentraciones –o crear nuevas- con la adaptación a los nuevos escenarios. Por otra parte, las multitudes que habitan estos nuevos escenarios en forma creciente, y cuya participación es requerida por los poderes concentrados para asentar sobre ellas su dominio, plantean desafíos a los poderes concentrados porque traen consigo fuerzas instituyentes radicales, anhelantes de desplegar las potencias que la vida otorga a los sujetos en tanto existentes. Esos anhelos son constitutivos de cada existencia individual y de cada movimiento colectivo, establecen la carnadura de las formas sociales democráticas del presente, así como de los impulsos emancipatorios que procuran perfeccionarlas y profundizarlas. También –resulta indispensable no omitirlo- ofrecen los andariveles destinados a la sujeción por los mercados capitalistas. La captura del deseo por el consumo, la sujeción de los anhelos de las masas y las potencias de sus devenires a imbricaciones heterónomas dominan el panorama. Se despliegan de maneras complejas, cambiantes e indeterminadas en cuanto a los trayectos con que se orientan, y es por ello mismo que hemos sido desarraigados de los programas emancipatorios que aún tenían legitimidad hace pocas décadas. El carácter contingente, heterogéneo e hipercomplejo del devenir revolucionario de las nuevas tecnologías, en su identificación con el mercado capitalista, se establece como el problema a elucidar, a la vez que se constituye como el mundo en que vivimos y las condiciones subjetivas que nos definen. Cualquier pregunta

emancipatoria con pretensiones de remisión a una práctica efectiva deberá admitir tal horizonte problemático, y asimilarse a la perspectiva de revisar el bagaje heredado de las luchas sociales a la luz de un mundo en estado de transformación. No es tarea de un día, ni de unos pocos individuos, sino de prolongados esfuerzos colectivos.

Las transformaciones en curso son revolucionarias<sup>1</sup> porque se producen modificaciones radicales de algunas condiciones que sustentan las relaciones sociales heredadas. Al respecto surge en forma inmediata una representación según la cual se atribuye a dichas transformaciones la causalidad de las modificaciones en curso, error que deviene de la cosificación de la experiencia colectiva, al asignarse las tramas del devenir a una imagen o determinación parcial de lo que acontece. El poder reside *en* y *desde* los sujetos, no sobre las cosas, ni sobre las técnicas. El poder se ejerce sobre y *en* los sujetos. Opera *entre* la urdimbre que determina nuestras acciones, imaginación, creencias, nuestro lugar en el mundo. Los cambios en las condiciones de la sustentabilidad de la vida social son decisivos en tanto dan lugar a profundas transformaciones en las relaciones sociales, pero *no las determinan*. La atribución de causalidad a lo que se percibe en forma *espontánea* como agente de las transformaciones (las “tecnologías”, “internet”, etc., etc.) constituye desde el vamos un relevo inhibitorio sobre las potencias instituyentes de las multitudes.

Sin embargo, no hay una rectificación posible de tales atribuciones que pueda especificarse por fuera de las dinámicas estratégicas de los nuevos conflictos instituyentes. El uso del pensamiento crítico, cuyas herramientas hemos heredado del acervo histórico-cultural para abordar con cierta distancia lo que acontece, es una práctica apropiada para aproximarnos de manera analítica al examen de los escenarios contemporáneos.

Un rasgo engañoso del presente debate reside en la creencia de que lo nuevo nos impone resignar lo que conocemos de la experiencia humana, o al menos dejarlo en suspenso, o tratarlo como parte de un pasado superado. Es tan cierto como obvio que no podemos abordar lo que ocurre ingenuamente muñidos de lo que sabíamos. Sin embargo, necesitamos establecer criterios de continuidad que nos hagan asimilables e inteligibles nuestros abordajes sociopolíticos del trayecto en el que estamos implicados

---

<sup>1</sup> Admitir la existencia en curso de una revolución industrial y sostener la calificación de revolucionarias para las transformaciones concomitantes *no* se correlaciona de manera lineal y mecánica con las caracterizaciones y posicionamientos concernientes a una ética política emancipatoria, sometida a sus respectivos desafíos.

más allá de nuestra voluntad o conocimiento. Tal necesidad no es solamente motivada por la sustentabilidad de nuestro itinerario, sino porque constituye también parte de las premisas que subyacen a una formulación cognitiva socio-histórica. Las discontinuidades se evidencian y nos desafían. Las continuidades son impugnadas en los términos conocidos y demandan aproximaciones críticas sobre todo porque cuando persisten lo hacen como sentido común, enunciados constituidos por autoevidencias que se subsumen en las tramas de los poderes emergentes. La aproximación crítica es el recurso adecuado para revisar las continuidades con otra luz que la que parece evidenciarse de manera “espontánea”. Todo esto dicho en el marco regional latinoamericano, allí donde se abre la esperanza de que por fin logremos dar por sentada nuestra pertenencia regional, implicarla como premisa, y trabajar activamente en la emancipación intelectual y conceptual que habrá de ocupar los afanes de las próximas generaciones.

2.

Son dos las referencias que constituyen la urdimbre sobre la que las nuevas experiencias instituyentes se elevan como acontecimientos que traducen, transforman y renuevan radicalmente el pasado, pero a la vez conciertan con él vínculos profundos cuya elucidación es tarea del pensamiento crítico. Las intelecciones que de allí surgen no parecen tener efectos *inmediatos* ni asimilables a los lenguajes más rápidamente intercambiables, pero ello no les resta eficacia alguna en el plano en que se presentan, que es un “segundo plano” activo en los intersticios de los sucesos en curso. Esas dos referencias son: el *lenguaje* y la *ciudad* (entendida esta última en la contemporaneidad como *sociedad urbana*), los dos sucesos antropológicos milenarios que residen en nuestras configuraciones constitutivas como sustentos del acontecer colectivo. Remiten a la vez al pasado y al presente. Dar cuenta de ello implica tanto considerar sus despliegues evolutivos y sus potencialidades como la historia de los poderes y conflictos que los atravesaron. En ambas instancias residen –podríamos afirmarlo- *todas* las expectativas emancipatorias y sueños de realización multitudinaria que seamos capaces de imaginar. Y en esos contextos se traman también las limitaciones trágicas del acontecer, las configuraciones de los poderes opresores, así como los impulsos libertarios que los han antagonizado a lo largo de los siglos.

Las analogías entre lenguaje y ciudad fueron parte de labores conceptuales de arduo acceso para el común, aunque como toda reflexión también dieron cauce al esfuerzo

poético y pedagógico por hacer inteligibles aquellas reflexiones para quienquiera que sea. La formulación wittgensteiniana es canónica -en las *Investigaciones filosóficas*- (Wittgenstein, 1999):

§ 18. Nuestro lenguaje puede verse como una vieja ciudad: una maraña de callejas y plazas, de viejas y nuevas casas, y de casas con anexos de diversos períodos; y esto rodeado de un conjunto de barrios nuevos con calles rectas y regulares y con casas uniformes. (...) § 19. Puede imaginarse fácilmente un lenguaje que conste sólo de órdenes y partes de batalla.— O un lenguaje que conste sólo de preguntas y de expresiones de afirmación y de negación. E innumerables otros. — E imaginar un lenguaje significa imaginar una forma de vida. (...)

*Forma de vida*, a partir del lenguaje, para introducir la ciudad y por lo tanto la política.

3.

La aparente seducción que ejerce sobre nosotros el trámite instituyente de las nuevas tecnologías de ninguna manera suple las dificultades que hemos heredado como diferendos entre imaginación y experiencia, representación y realidad, acontecer y comprensión.

No nos resulta espontáneamente evidente que las nuevas tecnologías configuren un mundo que sintetiza, reúne o hace converger las características del lenguaje y de la ciudad en una nueva forma de subjetivación, en un nuevo dominio de la existencia, donde se abren todas las oportunidades y se invocan todas las potencias. Todas ellas, las de opresores y las de oprimidos, las de las concentraciones de poder y las de las invocaciones instituyentes.

Hablar y escribir, habitar en ciudades son vivencias que consideramos naturalizadas, a las que hemos desprendido de sus itinerarios históricos, porque nos resultan inabarcables, y porque no tenemos necesidad inmediata de concebirlas o representárnoslas para experimentarlas. Nos han sido dados, el lenguaje y la ciudad, no hemos asistido a sus respectivas –milenarias– evoluciones, como en cambio lo hacemos ante el vertiginoso ascenso de las nuevas formas. Sin embargo, cualquier debate sobre poder y libertad que invoquemos en el pasado o en la actualidad, en tanto profundice

sobre sus condiciones de enunciación, nos llevará a debatir problemas vinculados con el lenguaje y la ciudad, las formas esenciales del acontecer cultural, propiedad de nadie, potencia de todos, pero a la vez condiciones atravesadas por las genealogías del poder y la dominación, así como de sus oponentes. El contraste por una parte entre una larga evolución milenaria, solo aprehensible intelectual y conceptualmente –o incluso narrativamente–, y por otra parte la sucesión de cambios inmediatos a los que asistimos sin cesar es un formidable obstáculo, a la vez que una inigualable oportunidad para procurar la comprensión del presente. Parte del antagonismo entre poder y libertad que atravesaron las historias del lenguaje y la ciudad estuvo constituido por las relaciones entre el común y la autoridad, la práctica y la norma, las formas de hacer y los saberes reguladores, las multitudes y los soberanos.

4.

La apelación al examen del lenguaje y la ciudad como trasfondos experienciales de los sucesos comunicacionales y tecnológicos contemporáneos requiere considerar los discursos con que describimos la actualidad, y desafiar nuestras formulaciones de expectativas y potencialidades tal como se nos presentan en términos de horizontes hacia los cuales dirigimos sin otros obstáculos que los ofrecidos por nuestros semejantes. Es que el escenario en que el horizonte se nos promete como apertura sin otros límites que los establecidos por las voluntades y diferencias de nuestros semejantes es tal vez una de las figuras que primero debemos someter a cuestionamiento. No hay tal horizonte despejado porque no tenemos ante nosotros otra cosa que *nuestros propios semejantes* con quienes habremos de convivir frente a ese imaginario horizonte. En la propia idea de una condición exterior a nuestra convivencia, y frente a la cual otros seres humanos se constituirían como obstáculos para “ir hacia adelante” reside la conflictividad intrínseca del acontecer socio-histórico que necesitamos situar en primer plano para afrontar una revisión crítica de la revolución tecnológica en curso. Asumimos que las normas y las penas podrían defendernos de la conflictividad, que dicho horizonte podría alcanzarse fluidamente si estuviéramos solo acompañados por aquellos que nos resultaran afines, y que necesitamos recursos ajenos al asunto para que lo que se nos ofrece como realización de deseos se nos muestre sin limitaciones.

Entonces: los relatos venturosos del progreso tecnológico son sobre todo optimistas en el sentido de que omiten la conflictividad sociohistórica, y la subsumen bajo las

promesas que el progreso tecnológico augura, como si solo con ellas bastara para trazar propósitos edificantes. Pueden hacerlo mediante el supuesto de un beneficio indirecto practicado por el desenvolvimiento tecnológico o mediante racionalizaciones acerca de cómo el conocimiento tecnocientífico superaría la conflictividad, al adoptarla como un problema a resolver.

De distintas maneras, y sugiriendo aquí solamente una referencia conceptual transversal a la historia cultural de la lengua y la ciudad, ambas instancias desempeñaron un papel de conformación imaginaria del lazo social, ya sea a través de mitos y relatos pretéritos o mediante el relato ilustrado moderno. La diversidad lingüística tramitada paradigmáticamente mediante el relato mítico de Babel fue confrontada con la unidad de la especie a la que se daría lugar por la unidad lingüística, dado que se había perdido tal homogeneidad atribuible a tiempos remotos, en los que se verificaría un estado común de armonía, alcanzable nuevamente en la modernidad mediante la construcción de lenguas unificadas, como es el caso de la matematización que intentó instaurar la ciencia sobre todos los fenómenos abordables por el conocimiento, o el esperanto como proyecto utopista, sin omitir los proyectos nacionales de unificación de las lenguas. La ciudad ha constituido instancia determinante de armonía y paz en muchos relatos durante siglos.

El auge de internet, y las nuevas tecnologías informáticas y comunicacionales renueva horizontes utopistas y traduce los legados verificables en la historia cultural en relación con la lengua y la ciudad. Adviene como un tercer escalón cultural, que como tal concurre a transformar la condición antropológica, no menos que los anteriores, pero con una velocidad y concomitancia que a su vez –con sus parámetros exponenciales– define el carácter revolucionario del presente histórico, cuando cambios que requirieron milenios y siglos se verifican en décadas y lustros.

Los acervos establecidos por la economía secular de los intercambios lingüísticos, inscriptos entre tantas otras variables en las gramáticas, en las historias de las lenguas o en las literaturas anteceden como linaje y genealogía a nuestro presente, y algo similar sucede con la secular historia urbana y sus más recientes sucesos, ya acoplados a las inmediaciones de los actuales acontecimientos, como es el caso del situacionismo o los enunciados y análisis que proclaman el *derecho a la ciudad*. En el significativo año de 1968, Henri Lefebvre publica *El derecho a la ciudad*, una de sus obras, entre varias otras, dedicadas a la crítica de la cultura contemporánea. La ciudad, entonces, con su respectivo enfoque post-situacionista, otorga el sustento para reflexionar acerca de la



vida social, cultural y política de la modernidad avanzada, definida como “vida urbana”. En el proceso originario de las condiciones que ahora distinguimos como *tercera revolución industrial*, Lefebvre (1978: 165) dice que el “doble ‘proceso de industrialización y urbanización’ pierde todo sentido si no se concibe a la sociedad urbana como meta y finalidad de la industrialización, si se subordina la vida urbana al crecimiento industrial”. No puede concebirse la sociedad industrial moderna, en cuanto a su devenir emancipatorio, si no se la piensa en discusión con la sociedad urbana. En ese marco, enumera la vida urbana en términos de *necesidades*, al fundamentar la noción del *derecho a la ciudad*, entendido como demanda emancipatoria instauradora de derecho. Cito a continuación *in extenso* tal enumeración, porque releída a la luz de los actuales acontecimientos, adquiere un sentido de inmediatez y traducibilidad a la emergencia de las nuevas formas *virtuales* de la vida urbana (Lefebvre 1978: 123):

Las necesidades sociales tienen un fundamento antropológico; opuestas y complementarias a un tiempo, comprenden la necesidad de seguridad y la de apertura, la de certidumbre y aventura, la de organización del trabajo y del juego, las necesidades de previsibilidad y de imprevisto, de unidad y de diferencia, de aislamiento y de encuentro, de cambios y de inversiones, de independencia (cuando no de soledad) y comunicación, de inmediatez y de perspectiva a largo plazo. El ser humano tiene también la necesidad de acumular energías y de gastarlas, e incluso derrocharlas en el juego. Tiene necesidad de ver, de oír, de tocar, de gustar, y la necesidad de reunir estas percepciones en un “mundo”. A estas necesidades antropológicas elaboradas socialmente (es decir, unas veces separadas, otras reunidas, acá comprimidas y allí hipertrofiadas) se añaden necesidades específicas que no satisfacen los equipos comerciales y culturales más o menos parsimoniosamente tenidos en consideración por los urbanistas. Nos referimos a la necesidad de actividad creadora, de obra (no solo de productos y bienes materiales consumibles), de necesidades de información, simbolismo, imaginación, actividades lúdicas. A través de estas necesidades específicas vive y sobrevive un deseo fundamental, del que son manifestaciones particulares y *momentos*, que superan en mayor o menor grado la división parcelaria de los trabajos, el juego, la sexualidad, los actos corporales como el deporte, la actividad creadora, el arte y el conocimiento. Por último, la necesidad de la ciudad y la vida urbana sólo se expresa libremente en las perspectivas que aquí intentan desprenderse y abrir el horizonte. Las necesidades urbanas específicas consistirán seguramente en

necesidades de lugares cualificados, lugares de simultaneidad y encuentros, lugares en los que el cambio suplantaría al valor de cambio, al comercio y al beneficio. ¿No será también necesidad de un tiempo para estos encuentros, estos cambios?

La presente referencia no tiene por objeto recurrir –en modo alguno– al conocido procedimiento argumentativo de denegar la novedad por el hallazgo de similitudes acontecidas en el pasado, sino, por el contrario, señalar, como es el objeto de este trabajo, la historicidad de las actuales transformaciones y su arraigo en procesos genealógicos precedentes que confirman la riqueza y la complejidad de las perspectivas que están en juego y que demandan una atención específica y precisa.

Walter Benjamin, en “La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica”, distingue entre *contemplar* y *habitar*. En el acto de la contemplación, “quien se recoge ante una obra de arte, se sumerge en ella; se adentra en esa obra”. A la inversa, el habitar supone la inmersión de la obra artística en la “masa dispersa”, especialmente de “los edificios”, constitutivos prototípicos de la arquitectura, es decir, de la ciudad. Habitarla es sumergir entonces la obra en las multitudes. Se pronuncia al respecto Benjamin en los años treinta del siglo pasado (1989: 53),

Por el contrario, la masa dispersa sumerge en sí misma a la obra artística. Y de manera especialmente patente a los edificios. La arquitectura viene desde siempre ofreciendo el prototipo de una obra de arte, cuya recepción se da distraídamente y por parte de una colectividad. Las leyes de dicha recepción son sobremana inestructivas. Las edificaciones han acompañado a la humanidad desde su historia primera.

Mientras otras formas artísticas no han persistido como lo ha hecho la obra arquitectónica –la ciudad–: “la arquitectura nunca se interrumpe”. Las edificaciones *pueden* ser objeto de contemplación, a la manera “estética”, cosa que efectivamente sucede, pero son objeto de *uso*, acoplado a la *costumbre*. Es decir, objeto de práctica –por tanto: constitutivas de formas de vida–.

La tercera revolución industrial<sup>2</sup> supera la relación, no obstante empática, entre lenguaje y ciudad, creando una nueva arquitectura que se sumerge en nosotros y nos constituye, a su vez constituida como hábitat, ambiente, mundo circundante, pero también *interior*. Se modifican entonces las fronteras entre ambiente y subjetividad, y emergen configuraciones experienciales en las que símbolo, representación, corporeidad, ambiente, lenguaje y arquitectura plantean nuevas *situaciones*, con nuevas fronteras, y por lo tanto otros problemas y divergencias, otras demandas de normas y prácticas. Beatriz Colomina (2010: 40) cita a Adolf Loos, quien en *Ornamento y delito y otros escritos* dice que “la casa no debe decir nada al exterior; en cambio, toda su riqueza debe manifestarse en el interior” para anunciar a continuación que con esa expresión Loos, según Colomina (2010: 40),

parece hacerse eco de la tesis nietzscheana que afirma que el hombre moderno es moderno en virtud de una escisión sin precedentes entre su exterior y su interior –la “antítesis extraordinaria entre un interior que no se corresponde con su exterior y un exterior que no se corresponde con su interior” –.

Más adelante, sigue Colomina (2010:41):

Cada palabra no es tan solo una “entrada” que define un interior, un espacio, sino que además cada palabra se refiere a otras palabras y a otros conceptos con los que va tejiendo el espacio como si fuera un laberinto o una trama. (...) el viejo orden de la ciudad en cierto modo se ha trasladado puertas adentro...

---

<sup>2</sup> Rifkin (2011: 60) describe cinco pilares de la Revolución Industrial, a saber, “1) la transición hacia la energía renovable; 2) la transformación del parque de edificios de cada continente en microcentrales eléctricas que recojan y reaprovechen *in situ* las energías renovables; 3) el despliegue de la tecnología de hidrógeno y de otros sistemas de almacenaje energético en todos los edificios, y a lo largo y ancho de la red de infraestructuras, para acumular energías como las renovables, que son de flujo intermitente; 4) el uso de la tecnología de Internet para transformar la red eléctrica de cada continente en una ‘interred’ de energía compartida que funcione exactamente igual que Internet (millones de edificios podrán generar localmente –*in situ*– pequeñas cantidades de energía y podrán vender los excedentes que reingresen en la red, compartiendo esa electricidad con sus vecinos continentales), y 5) la transición de la actual flota de transportes hacia vehículos de motor eléctrico con alimentación de red y/o con pilas de combustible, capaces de comprar y vender electricidad dentro de una red eléctrica interactiva continental de carácter inteligente.” No se trata de entenderlos como predicciones, sino de proyectarlos como consecuencias de procesos que están en curso, y respecto de los cuales la imaginación colectiva actúa en forma precedente, actual.

No hay borramiento del mundo en que nacimos, sino genealogía y transcurso no determinados ni proyectables desde algún punto precedente. El proceso de compartir social y culturalmente tal movimiento vertiginoso y heterogéneo es una de las dificultades principales, tan surcada por la fascinación de la novedad como herida por la tragicidad destructiva de la entropía.

En todos aquellos antecedentes y circunstancias del presente residen historias inteligibles como *economía*, en el sentido del estudio de las transformaciones acontecidas en sistemas complejos cerrados, tendientes a la clausura organizacional, atravesados por historias de los poderes, los conflictos entre opresores y oprimidos, así como instancias dominantes o hegemónicas respecto de otras dominadas o contrahegemónicas. Historias políticas de las ciudades y de las lenguas, narrativas imperiales y plebeyas, insurrecciones y órdenes temporales, unificaciones imperiales o nacionales de las lenguas, supervivencia de lenguas vernáculas frente a hegemónicas. Todo ello tan fuera del alcance de las presentes líneas, como necesario de mencionarse frente a una problemática emergente que se levanta con la velocidad vertiginosa con que lo hace. En apariencia transcurre desenraizada de la experiencia, como si levitara -con liviandad- sobre la historia de la especie, cuando es de esperarse que, a la larga, la gravitación de la propia lengua que empleamos para los respectivos intercambios, así como las vivencias urbanas efectivas –sobre y con las que la revolución tecnológica no puede menos que imbricarse– harán evidentes las continuidades y los recursos que las genealogías de las luchas sociales acumularon y se nos ofrecen como legado.

Fue característico de aquella historia cultural el que los procesos tanto de configuración lingüística como urbana se presentaran a los *usuarios* como si los antecedieran, como si se tratara solamente de obedecer a reglas heterónomas emanadas de órdenes trascendentes, cuando fue en la víspera de la presente revolución tecnológica que las humanidades y las ciencias sociales develaron esos procesos histórico culturales, las formas, procedimientos y modalidades con que la construcción de las lenguas y las ciudades impusieron formas y normas con pretensión de inapelables, en tanto que las irrupciones contrahegemónicas requirieron para contrarrestar el imperio opresor la puesta en evidencia de la hechura, las construcciones, los diseños, las acciones que seres humanos constituidos como minorías organizaron para albergar las tramas sociales dispares, desiguales, asimétricas que habrían de obedecer lo dictaminado por los poderes seculares, en sucesión histórica, uno detrás de otro, saltando sobre las

diversidades culturales, pero siempre articulando la integridad de cada dispositivo impuesto como clausura.

Un privilegio de la contemporánea evolución de nuevos saberes y técnicas susceptibles de albergar el devenir sociohistórico es que podemos asistir en forma directa y actual a la dimensión instituyente de las nuevas economías de intercambio simbólico. Participamos, efectivamente, de la introducción de dispositivos libertarios y convivenciales en el propio diseño de las formas emergentes. En la aparición de modalidades tecnocientíficas pueden inscribirse horizontes emancipatorios imbricados, así como sus antagonistas dominantes.

5.

Los debates sobre software libre<sup>3</sup> y programaciones de código abierto<sup>4</sup> son ejemplares como legatarios de la historia cultural, aun cuando no dispongan de la capacidad inmediata de explicárnoslo, del mismo modo que el ADN no nos expone de manera directa el linaje evolutivo del que procede. Sin embargo, así como el ADN despliega su información haciendo posible cada fenotipo, las nuevas tecnologías libertarias tienen el propósito de mantener abierto el proceso genético que las constituye, implicando la participación del usuario en forma indistinguible del diseñador o creador. No obstante, en otro nivel más general necesitamos leer entre líneas, extraer la historia evolutiva de las culturas del mismo modo con que lo hacemos con la historia natural, en un orden de simpatía como el que Marx había descrito cuando comparaba su historia social con la historia natural de Darwin. Solo que tales lecturas remiten a un presente-pasado reciente, no a una instancia indiciaria remota o perdida.

Lo que en el presente trabajo intentamos manifestar es una distinción significativa respecto del papel sociocultural de las modalidades libertarias inscriptas en nuevas

---

<sup>3</sup> En <http://www.gnu.org/philosophy/free-sw.html> se lo define como “una cuestión de la libertad de los usuarios de ejecutar, copiar, distribuir, estudiar, cambiar y mejorar el software. Más precisamente, significa que los usuarios de programas tienen las cuatro libertades esenciales. La libertad de ejecutar el programa, para cualquier propósito (libertad 0). La libertad de estudiar cómo trabaja el programa, y cambiarlo para que haga lo que usted quiera (libertad 1). El acceso al código fuente es una condición necesaria para ello. La libertad de redistribuir copias para que pueda ayudar al prójimo (libertad 2). La libertad de distribuir copias de sus versiones modificadas a terceros (libertad 3). Si lo hace, puede dar a toda la comunidad una oportunidad de beneficiarse de sus cambios. El acceso al código fuente es una condición necesaria para ello.”

<sup>4</sup> Para una distinción y problematización entre ambas nociones cfr Richard Stallman.: <http://www.gnu.org/philosophy/open-source-misses-the-point.es.html>.

tecnologías. Ella reside en que no habremos de adherir de manera desprevenida a los horizontes abiertos de los cuales las nuevas tecnologías son índices, no llaves; organizadores conceptuales de impulsos emancipatorios, no garantías técnicas de un destino. Son vectores emancipatorios *per se*, no solo porque son impulsados por actores sociales iconoclastas, sino porque además de sociales son vectores *cognitivos* cuyo dinamismo se ha mostrado esencial como motor de los acontecimientos, aunque no los garantizan ni determinan. Es una diferencia importante de comprender en el contexto de los debates que conciernen a las políticas públicas progresistas, a los intercambios interesados en configurar tramas socio-técnicas efectivas, a las iniciativas comprometidas con luchas políticas no sectarias ni principistas abstractas, aunque no menos inclinadas a horizontes emancipatorios exigentes. Asimismo resulta indispensable la advertencia acerca de que distinguir una modalidad como emancipatoria no importa asignarle un adjetivo *correcto* sino señalar que su antagonista es el totalitarismo, y que la negligencia, la torpeza o la sordera frente a su emergencia y demandas augura resultados funestos traducidos en violencia represiva y sofocación de la convivencia democrática.

De maneras que heredan múltiples modalidades de procesos constructores de experiencias autónomas, el software libre y los códigos abiertos constituyen aperturas convivenciales que propician la expansión de lo *común* frente a los diseños tecnológicos cerrados, solo accesibles de maneras heterónomas, y destinados antes a la configuración de tramas sociales asimétricas, con muy dispar distribución de la riqueza y el conocimiento, que a las modalidades convivenciales políticamente democráticas e igualitarias en su materialidad.

No es menor la dificultad planteada –tal como ocurrió en la historia cultural de la lengua y de la ciudad– por el hecho de que los saberes implicados en la configuración de las nuevas experiencias socioculturales han dado lugar -como sucede aun en mayor medida en la actualidad- a tramas cognitivas intrínsecamente desiguales, constituidas por destrezas y saberes demandantes de entrenamientos especializados complejos. Se nos presenta la consecuencia –paradójica– de que cuanto más elevada sea la demanda de accesibilidad, distribución e inteligibilidad igualitarias y libertarias, mayor será también la distancia simbólica y cognitiva que habrá que recorrer para disponer de soberanía en el orden de las acciones que posibiliten transformaciones contrahegemónicas.

En este sentido pueden operar los vectores favorables a la elaboración de políticas públicas en estados nacionales modernos progresistas. Nuestra propia creación argentina, el movimientismo populista, en tanto memoria de una subjetividad política colectiva igualitaria, nos provee de una referencia paradigmática.<sup>5</sup> Como tal, se encuentra en condiciones de confrontar con el campo de fuerzas emergentes que suscite un debate libertario capaz de impulsar la realización de prácticas contrahegemónicas. Así también en el terreno de los emprendimientos tecno-científicos comunicacionales, campo dentro del cual se requiere por lo tanto un abordaje crítico cultural de las premisas en apariencia no problemáticas con que los discursos dominantes concurren a nuestras experiencias colectivas desde los centros del poder concentrado de donde provienen o adonde son capturados.

---

<sup>5</sup> El movimientismo populista refiere en la Argentina a las modalidades adquiridas en la historia reciente por el *intelecto general*, sometido por las clases dominantes a su deterioro o destrucción en el marco del terrorismo de estado, tal como tuvo lugar en sus formas extremas a fines de los setenta, pero también como se había manifestado en formas propedéuticas con anterioridad. El intelecto general entendido como saber “espontáneo” de las masas implica conocimiento técnico, social, formas solidarias, perceptivas y comportamentales. No se aprende (solamente) en las escuelas, sino en la vida pública, en la vida familiar. En otros términos, el intelecto general se puede colegir como repertorio de destrezas prácticas y sociales. El concepto del intelecto general está actualmente vinculado con los pensadores de la biopolítica y posee un carácter ambivalente: la noción que remite al trabajo obrero explotado es asimismo la que se presume como movilizadora de la emancipación.

## Bibliografía

- BENJAMIN, Walter, *Discursos Interrumpidos I*, Taurus, Buenos Aires, 1989.
- BLUMENBERG, Hans, *Paradigmas para una metaforología*, Trotta, Madrid, 2003.
- BUSANICHE, Beatriz (ed.), *Argentina copyleft: la crisis del modelo de derecho de autor y las prácticas para democratizar la cultura*. Fundación Vía Libre/Heinrich Böll Stiftung. Cono Sur, Villa Allende, 2010.
- CASTELLS, Manuel, *Comunicación y poder*, Alianza, Madrid, 2009.
- COLOMINA, Beatriz, *Privacidad y publicidad. La arquitectura moderna como medio de comunicación de masas*, CENDEAC, COAMU, Observatorio del diseño y la arquitectura, Murcia, 2010.
- FOSTER, Hal, *Diseño y delito*, Akal, Madrid, 2004.
- KAUFMAN, Alejandro, “Comunicar, construir, producir” en *Zigurat*, Revista de la Carrera de Ciencias de la Comunicación. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires. Año 5. Número 5. Prometeo Libros. Diciembre 2004-Enero 2005.
- LEFEBVRE, Henri, *El derecho a la ciudad*, Península, Barcelona, 1978.
- RIFKIN, Jeremy, *La tercera revolución industrial. Cómo el poder lateral está transformando la energía, la economía y el mundo*, Paidós, Barcelona, 2011.
- WITTGENSTEIN, Ludwig, *Investigaciones filosóficas*, Altaya, Barcelona, 1999.
- WODAK, Ruth & KOLLER, Veronika (eds.), *Handbook of Communication in the Public Sphere*. Vol. 4. De Gruyter Mouton, Berlin/New York, 2010.
- WOLF, Gunnar y MIRANDA, Alejandro (coords.), *Construcción Colaborativa del Conocimiento*. UNAM, Instituto de Investigaciones Económicas, México, 2011.